OBRAS DE SAN JUAN DE ÁVILA

TOMO III

LIBRO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

NIHIL OBSTAT:

VALENTÍN M. SÁNCHEZ RUIZ, S. J.

Censor.

IMPRIMATUR:

CASIMIRO MORCILLO

Vic. general.

Madrid, 3 de julio 1941.

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-684-7
Depósito legal: M. 10.460-2008

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

AL LECTOR

Los tres libros, DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, DEL ESPÍRITU SANTO y DE LA VIRGEN SANTA MARÍA, *que llenan casi todo este segundo volumen, vieron la luz pública en dos tomos, que formaron la* TERCERA PARTE (1) *de las* OBRAS DEL P. MAESTRO AVILA, *publicadas en Madrid, 1595-1596.*

Después de la carta dedicatoria a la Condesa de Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza, biznieta de la célebre doña Beatriz Galindo, y fundadora del Convento de Corpus Christi, *apellidado las Carboneras, sigue un* Prólogo *del editor Juan Díaz, sobre la Comunión frecuente, del cual interesa conservar la importancia que el Editor daba al apostolado eucarístico de su Maestro:*

«El piadoso Señor Dios levantó en la Iglesia santa al P. Maestro Avila, varón apostólico y escogido (cuya doctrina es la que se contiene en este libro), para plantar y renovar la devoción deste divino Sacramento, encendió en él un fuego grande de amor y reverencia suya, y comunicóle una singular devoción y alteza en celebrar el santo y tremendo sacrificio de la Misa, y predicar deste divino Misterio..., del cual nuestro Señor le dió gran don en declararlo a los hombres, como lo hizo por espacio de cuarenta y cinco años (2) con doctrina tan escogida, tan llena y copiosa, como verá

---

(1) TERCERA PARTE de las obras del P. Maestro Juan de Avila, Predicador en el Andalucía.—En Madrid, en casa de Pedro Madrigal. Año 1596. Dos tomos: el primero contiene 27 Tratados del Santísimo Sacramento, y el segundo, cinco Tratados del Espíritu Santo y 11 de la Virgen Nuestra Señora.

(2) Si es exacto el número de cuarenta y cinco años indicaría que el Maestro Avila empezó a predicar a los veinticuatro de su edad; esto es, desde 1524 hasta 1569.

el cristiano lector en este Libro de sus OBRAS, donde hallará tanta alteza y profundidad para encender en devoción deste divino Sacramento, que por helado que esté, se calentará. Hallará lo que ha de hacer para aparejarse y recibirle, para dar las gracias, y conservarse en devoción y fervor, para medicina de todo género de pecados y imperfecciones, para celebrar dignamente sus fiestas. Serle ha guia para ordenar toda su vida, dedicarla y ofrecerla en honra deste soberano Señor encubierto bajo del velo de los accidentes de pan y vino; finalmente hallará mucho más que yo le puedo decir; porque, mediante esta devoción, inflamó y encendió con su ejemplo y doctrina un fuego tan grande, que ilustró en gran manera las provincias donde sembró su santa doctrina con grande ganancia de almas; y crió muchos discípulos que siguiendo la devoción deste divino Sacramento, han sido varones de mucha perfección en la santa Iglesia romana, habiéndole seguido en la predicación deste divino Misterio.»

La cita contiene fuertes pinceladas sobre el valor ascético de los Tratados del Santísimo Sacramento, aunque está lejos de agotar la materia ni aun de profundizar en ella cuanto se merece.

Desgraciadamente, esta Tercera parte de las Obras no salió con el esmero tipográfico de la Primera y Segunda. Aun así, su confrontación nos ha sido utilísima para corregir innumerables errores acumulados por la incuria de los siglos. Además, se han dividido lógicamente los párrafos y rectificado la puntuación ortográfica. Una novedad de esta edición es que hemos insertado en el texto un sumario ideológico que sirva de hilo conductor para seguir el pensamiento del Maestro. Si no nos engañamos, este sumario, que reproducimos íntegro en el Indice, contribuirá no poco a la mejor inteligencia de esta Obra, dignísima de ser leída, meditada y estudiada.

Con el mismo método reproducimos los Cinco Tratados del Espíritu Santo, y los Once de la Santísima Virgen, tal como salieron en el segundo tomo de aquella Tercera parte. A éstos añadimos otros tres (12, 13 y 14), que, publicados por el P. Miguélez, O. S. A., fueron incluídos en la Edición del APOSTOLADO DE LA PRENSA (1927).

Termina la presente edición con las LECCIONES SOBRE LA PRIMERA CANÓNICA DE SAN JUAN, que tomamos de la edición Montaña (año 1901), t. IV, págs. 499-633. Tal

como hasta ahora se vienen publicando, son un mero resumen, pero de gran riqueza de fondo bíblico y teológico, con algunas exposiciones magistrales. Existe manuscrita una redacción más completa que, desgraciadamente, no hemos logrado publicar en esta edición. Esperamos no siga durmiendo en los archivos, ni se demore más años la divulgación de estos preciosos escritos, con menoscabo de la espiritualidad española.

LIBRO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

TRATADO 1.º

DEL AMOR DE DIOS PARA CON LOS HOMBRES (1).

1.—*Dios nos ama como Padre, Madre y Esposo.*

La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tiene Él, y con Él, su benditísimo Hijo, nuestro Señor. Más mueve al corazón el amor que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar.

Pues veamos, Señor, ahora si Tú nos amas; y si es así que nos amas, qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres a los hijos; ¿por ventura ámasnos como padre? No hemos entrado en el seno de tu corazón para ver esto; mas el unigénito Hijo tuyo, que descendió de ese seno (*Jn.*, 1), Él nos trajo señas dello, y nos mandó que te llamásemos *Padre* (*Mt.*, 6, 9) por la grandeza del amor que nos tienes; y, sobre todo esto, nos dijo que *no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque Tú solo eres nuestro Padre* (*Mt.*, 23, 9). Porque así como Tú solo eres bueno por la eminencia de tu soberana bondad, así Tú solo eres Padre; y de tal manera eres Padre, y tales obras nos haces, que en comparación de tus entrañas paternales, no hay ninguno que así pueda llamarse.

Bien conocía esto tu Profeta, cuando dijo: *Mi padre y mi madre me dejaron y olvidaron; mas el Señor me recibió* (*Ps.*, 26). Tu mesmo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Esaías (49, 15, 16): *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tenga piedad para con el hijo que*

---

(1) Este Tratado, joya de la literatura ascética española, no es un Tratado eucarístico.

salió de su vientre? Posible será que ella se olvide, mas yo no me olvidaré jamás de Ti; porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí (2). Y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar a sus hijos, con el amor della quisiste comparar la grandeza de tu amor, diciendo: *Así como el águila, defendió su nido, y como a sus pollos extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros* (*Deut.*, 32, 11).

Sobre el amor de la esposa es ese amor, por lo cual dice (*Gen.*, 2, 24): *Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre, y se llegará a su mujer, y serán dos en una carne;* mas a éste sobrepuja tu amor; porque según dices Tú por Jeremías (3, 1-2): *Si el marido echa a la mujer de su casa, y después de así echada, se juntare con otro, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido; y con todo eso, vuélvete a Mí, dice el Señor, que Yo te recibiré.*

2.—*Pruebas de su amor.*

Y si todavía eres incrédulo a ese amor, mira todos los beneficios que Dios tiene hechos a ti, porque todos ellos son prendas y testimonio de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas inspiraciones has recibido buenas, y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos pecados te ha librado, y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído, si Él no te hubiera librado; que todas estas cosas son señales y muestras de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía, son argumentos de amor, porque son muestras del corazón de aquel Padre, *que castiga todo hijo que recibe* (*Hebr.*, 12, 6) para enmendarlo, y para despertarlo, y para purgarlo, y para conservarlo en todo bien. Finalmente, pon los ojos en todo este mundo, que todo él se hizo por amor para ti; y todo él, y cuantas co-

(2) Véase el *Epistolario espiritual* (Carta 20, núm. 2).

sas hay en él, predican amor, y demandan amor, y significan amor (3).

Y si a todas estas cosas estás sordo, no es razón que lo estés a las voces que el Salvador te da en el Evangelio: *En tanta manera amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo, para que todo el que creyere en Él, no perezca, sino alcance vida eterna* (*Jn.*, 3, 16). Todas estas cosas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios, su Evangelista San Juan (1 *Jn.*, 4, 9), diciendo: *En esto conocemos el amor que Dios nos tiene, que nos dió a su Hijo para que vivamos por Él.* Y este beneficio, con los demás, son señales del amor que Dios nos tiene, y como centellas que saltan acá fuera, de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto mayor debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas de él son tan grandes? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor digno de ser gratificado con amor! *Danos,* Señor, *a sentir con todos los Santos la alteza y profundidad, la groseza y largura de ese amor* (*Eph.*, 3, 18) para que por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de tu amor.

3.—*Fundamento del amor de Cristo: Largueza de Dios con Cristo.*

Pero veamos ahora, ¿qué tan grande fué ese amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste? No hay lengua que lo pueda explicar; porque, como San Pablo dice, *la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido* (*Eph.*, 3, 19), aunque sea el de los ángeles; porque todos no lo alcanzarán a conocer.

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfección de la cosa amada (porque el objeto del amor es la bondad y perfección de las cosas), siendo el hombre una criatura tan baja e imperfecta según el cuerpo, y según el ánima, un vaso de maldad, ¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable? Considerando especialmente que

---

(3) Véase el Tratado 20 del *Santísimo Sacramento.*

aquel divino Amador no es ciego, ni apasionado, ni menos antojadizo. Pues donde no hay ceguedad ni pasión en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan fea y miserable, ¿qué amor se podrá tener?

No es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor; porque no nace el amor de Cristo de la perfección que hay en nosotros, sino de la que Él tiene, que es mirar a su Eterno Padre.

Para lo cual (tomando este negocio de sus primeros principios) has de considerar la grandeza inestimable de las gracias que por toda la Santísima Trinidad fué concedida a aquella santísima Humanidad de Cristo en el instante de su concepción (*Col.*, 2, 3, 9). Porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita. Conviene a saber, la gracia de la Unión divina, y la gracia universal que se le dió como a Cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su Anima (4).

a) Dióselе, primero, a aquella santa Humanidad el Ser divino, juntándola y uniéndola con la divina Persona; de manera, que a aquella Humanidad se le dió el ser Dios de esta suerte; que podemos con verdad decir que aquel Hombre es Dios, e Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios (5). Esta gracia ya se ve que es infinita, por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios; y por la manera que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal (6).

b) También se le dio a aquel nuevo Hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud (*Col.*, 1, 18; 2, 9). De manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno y en cuanto Hombre es principio y Cabeza de todos los hombres; y conforme a este Principado, se le dió gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres (*Jn.*, 1, 16); no solamente por ser mayor de todos, sino por ser santificador de todos, y como si dijésemos, un tinte de santidad, donde han de re-

---

(4) Th. p. 3, q. 1 et 2.
(5) Véase Tratado 21 del *Santísimo Sacramento.*
(6) Th. p. 3, q. 7, a. 1 et 11.

cebir este color y lustre todos los que hubieren de ser Santos. Esta gracia también es infinita, porque es para toda la generación humana, que no tiene número de personas determinado, sino puede, cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito; y para todo cuanto en ella se multiplicare, hay méritos y gracia en la bendita Anima de Jesucristo.

c) Dióselе, finalmente, otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida; la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada se le pueda añadir (7).

d) Diéronsele, demás desto, en aquel punto, todas las gracias *gratis datas*, de hacer milagros y maravillas, cuantas quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección. Porque ésta es aquella hermosa *flor* de hermosura, donde *se asentó* la paloma blanca del *Espíritu Santo*, y tendidas sus alas la cobijó, y tendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente (*Is.*, 11, 1). Este es aquel *vaso de escogimiento*, donde se infundió aquel río de todas las gracias, con todas sus avenidas y crecientes, sin que ninguna gota quedase sin entrar en Él (*Jn.*, 1). Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer, y dió cuanto pudo dar; porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía a aquella Anima dichosísima en el punto que fué criada (8).

e) Y, sobre todo esto, le fué dado en aquel mismo punto, que viese luego la esencia divina, y conociese claramente la Majestad y gloria del Verbo, con que era ayuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria, cuanta ahora tiene a la diestra del Padre (9).

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita Anima pudiese haber hecho obra meritoria ninguna por donde la pudiese merecer (10). Todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias; no por más de porque así quiso el Señor amplificar y exten

---

(7) 3 p., q. 7, a. 11; a. 7.
(8) P. 1, q. 25, a. 6, ad. 4.
(9) P. 3, q. 34, a. 4.
(10) P. 3, q. 19, a. 3.

der sus manos y largueza para con ella, y magnificar así su gracia. Por lo cual llama San Agustín a Jesucristo *dechado* y *muestra de la gracia;* porque así como los grandes escribanos (11) o pintores suelen trazar algunas muestras de labores en sus oficios, cuando se quieren dar a conocer, en las cuales, empleando todo su saber, hacen lo último de potencia, para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanza, así aquesta bondad y largueza infinita de Dios determinó de criar una nueva criatura, y usar con ella toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella. El Rey Asuero hizo un convite maravilloso [a todo su reino. Dios hizo un convite muy mayor y más maravilloso] (12) a esta Humanidad con quien se desposaba, para que todas las criaturas celestiales y terrenales conociesen por ella la largueza y divina grandeza de su bondad, que a tales cosas se extendió.

Mira tú qué dádiva sea ésta tan admirable, y cuán dichosa haya sido aquella Anima bendita a quien Dios tal gracia quiso hacer; y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no solamente la recibió para sí, sino también para ti. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job (31, 17): *Si comí yo a mis solas mi bocado, y el extranjero no comió dél. Porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo.* Así que no comió su bocado a solas. mas antes lo repartió *con los peregrinos.* Como verdadera *Cabeza* nuestra, recibió lo que recibió, no solamente para Sí, sino para sus miembros también.

4.—*Su amor al Padre reverbera en nosotros.*

Ahora pasemos adelante, y veamos, de tan grandes riquezas como éstas, qué es la parte que nos cabe. Dime: Cuando esta Anima santa, que en aquel dichoso punto que fué criada, abriese los ojos y se viese tal cual has oído, y conociese de cúyas manos le viniese tanto bien, y como el que se nace Rey, y no lo gana con su lanza, se hallase con el principa-

---

(11) *Escribanos:* calígrafos.

(12) Lo que va entre corchetes falta en la edición de 1596.

do de todas las criaturas, y viese ante Sí arrodilladas todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto *le adoraron*, como San Pablo dice (*Hebr.*, 1, 6); dime, si es posible decir, ¿con qué amor amaría esta tal Anima al que ansí la había glorificado? ¿Con qué deseo codiciaría que se le ofreciese algo con que pudiese agradar y servir a tal Dador? ¿Hay algunas lenguas de querubines y serafines que esto puedan decir?

Pues añade más: que a este deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que deste negocio se encargase el Hijo bendito, por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansase hasto salir al cabo con ella (13). Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas es de obrar por amor—porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor concebido en sus entrañas las hace trabajar (14)—, y, por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en la propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.

Dime ahora: después que aquella Anima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese, ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres, para amarlos y abrazarlos, por aquella obediencia del Padre? Vemos que cuando un tiro de artillería echa una pelota (15) con mucha pólvora y fuerza, y la pelota resurte a soslayo de do va a parar, tanto con mayor ímpetu resurte cuanto mayor furia llevaba. Pues si aquel amor del Anima de Cristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza—porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita—, cuando, después de haber ido derechamente a herir en el corazón del Padre, resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que aquesto pueda significar.

Esta es aquella fuerza que significó el Profeta

(13) Q. 47, a. 2, ad. 1.
(14) Aristot. 2 Physic.
(15) *Pelota:* bala.

cuando dijo: *Alegróse como gigante para correr el camino; desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta a lo más alto de él; y no hay quien se pueda esconder de su calor* (*Ps.*, 18). ¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios! (*Jn.*, 16, 28.) Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor, *no se puede esconder de tu amor,* porque haces fuerza a los corazones, como lo dice tu Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza* (2 *Cor.*, 5, 14). Este es aquel amor que significó la santa Iglesia tuya en los Cantares (2, 8), cuando dijo: *Miradlo cómo viene con tanta priesa saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amado a la cabra montés y al hijo de los ciervos,* según la ligereza que trae. Esto mismo significó el Profeta Isaías (42, 4), cuando dijo: *No se entristecerá y turbará; hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su Ley esperarán las islas.* De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: *Si diere Yo sueño a mis ojos; si dejare siquiera un poquito pegar mis párpados; si tomare algún descanso para mi vida, hasta que halle algún lugar y morada en la tierra para el Dios de Jacob* (*Ps.*, 131, 4-5).

Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber. Porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, que dijo el jueves de la Cena: *¡Para que conozca el mundo cuánto Yo amo a mi Padre, levantaos, y vamos de aquí!* (*Jn.*, 14, 31). —¿Adónde? —A morir por los hombres en la cruz. Cata aquí, pues, ánima mía, la causa de este grande amor. Tanto quema más el resplandor del sol, cuanto más fuertes son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de ese Sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberaban sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor?

No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda ese fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegó, la muerte y la cruz; porque si así como le mandaron padecer una

muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres, le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera, que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas, de lo que mostró acá de fuera en sus llagas (16).

No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese, entre otras particularidades del templo de Salomón, ésta: conviene a saber, que las ventanas del templo eran saetías, que por de dentro eran mayores de lo que por fuera parecían (*Reg.*, 6, 4). ¡Oh Amor divino, y cuánto eres mayor de lo que pareces! Grande parece por acá de fuera; porque tantas heridas, y tantas llagas y azotes, sin duda nos predican amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro, de lo que por fuera parece. Centella es ésta que sale de ese fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor *señal* que puede haber de amor, *poner la vida por sus amigos* (*Jn.*, 15, 13); mas es *señal* y no *igualdad*.

Pues si tanto te debo por lo que heciste por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todos, ¿qué tanto más será lo que solamente ven los ojos de Dios? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, Señor mío, *por las entrañas de misericordia* que te movieron a dar tal dádiva, me des ojos y corazón para que yo lo sienta y conozca, para que me glorie siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.

---

(16) Este pensamiento, que el amor de Cristo fué mayor de lo que declaran sus tormentos, se repite frecuentemente en los escritos del Maestro, que lo desarrolla en el AUDI, FILIA, cs. 78-80.

5.—*El amor de los Santos superado por el amor de Cristo.*

Si quieres, ánima mía, barruntar algo del amor de Cristo, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los Santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los Santos, pues les excede tanto en santidad y gracia, cuanto la lumbre del sol a la de las estrellas, y mucho más. Mira el deseo de aquel bienaventurado Apóstol San Andrés, que viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada, y le rogaba se alegrase con él, como él se holgaba con ella (17).

Vengo a otro género más alto de martirio y a otra manera nueva de deseo, que fué el de San Pablo, que pareciéndole pocos todos los géneros de tormentos juntos para satisfacer a su deseo, vino a tanto deseo de amor, que deseó las mismas penas sensibles del infierno por la honra de Dios y por la salud de los hombres. *Codiciaba*—dice—*ser anatema de Cristo por mis hermanos* (*Rom.*, 9, 3), deseando en esto estar apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria—aunque no cuanto al amor y a la gracia—, como dice San Juan Crisóstomo. Pues, ánima mía, toma ahora alas, y sube de este escalón hasta las entrañas y Corazón de Cristo; y mira que si este Apóstol sagrado, no teniendo sino una gota de gracia (18), tenía tan grande amor a los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del infierno por ellos, ¿cuánto mayores serán los deseos de Cristo, pues tanto mayor era su gracia y caridad?

¿Qué otra cosa nos quisiste dar a entender en aquellas palabras, cuando dijiste: *Con un bautismo deseo ser bautizado, ¡cómo vivo en estrechura!* (*Lc.*, 12, 50): porque era tan grande el deseo que tenías de verte ya teñido en tu sangre a fuerza de dolores por nosotros, que cada hora que esto se dilataba, te parecía mil años, por la grandeza del amor. Y de aquí nacía aquella fiesta gloriosa de los Ramos, que qui-

(17) In officio S. Andreae.

(18) ... *una gota de gracia:* en comparación de la gracia infinita de Cristo.

siste que se hiciese cuando ibas a padecer, para enseñar al mundo la alegría de tu Corazón, que así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que vas a la cruz, sino al desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino.

Pues *salid* ahora, *hijas de Sión;* salid, ánimas devotas y amadoras de Cristo, *y veréis al Rey Salomón la guirnalda con que le coronó su madre en el día de su desposorio, en el día de la alegría de su Corazón* (*Cant.*, 3, 11). No hallo yo, Señor, otra guirnalda sino la que hizo su madre la Sinagoga el viernes de la Cruz, no de rosas, sino de espinas, para atormentar tu cabeza. ¿Pues cómo se llamara ese día de fiesta *y alegría de tu Corazón?* ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Sí, por cierto, y más a Ti que a ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor; mas por la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas a tu dolor, sino a nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras ánimas enfermas. Si al patriarca Jacob *le parecían poco siete años* de servicio por casar con la hermosa Raquel, *por el grande amor que la tenía* (*Gen.*, 29, 20), ¿qué te parecerá a Ti un día de la Cruz por desposarte con la Iglesia, y hacerla tan hermosa *que no le quedase mancilla ni arruga?* (*Eph.*, 5, 27.) Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo. Tú eres aquel Noé que plantaste una viña, y bebiste el vino della en tanta abundancia, que, embriagado de este poderoso vino, caíste dormido en la cruz, y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos te escarnecieron e hicieron burla de Ti (*Gen.*, 9, 20-22) (19).

¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte, de donde la habían de tomar para más amarte! Dime, ¡oh dulcísimo Amador!, si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera, fué tan espantable a los hombres, que ha sido *escándalo a los judíos y locura a los gentiles,*

---

(19) La misma semejanza usa en el Tratado 6.º del *Santísimo Sacramento.*

¿qué hiciera si les pudieras dar alguna otra muestra y que declarara toda la grandeza del amor tuyo?

6.—*La locura de la cruz.*

Pues si sola esta muestra, que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído y conocido tienen tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos, cuando recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos, y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el holgarse con las tribulaciones (*Col.*, 1, 24): de aquí el sentir refrigerio en las parrillas (20), y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas; de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece, y buscar *abominaciones de Egipto para sacrificarlas a Dios* (*Ex.*, 8, 26) (21).

«El ánima—dice San Ambrosio—que está desposada con Jesucristo, y voluntariamente se junta con Él en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado.»

Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompense con sangre. Aquella sangre con que Moiséis celebró el amistad entre Dios y su pueblo (la cual fué figura de ésta), parte se derramó sobre el altar y parte sobre el pueblo, recibiéndolo, reconciliándolo con Dios (*Hebr.*, 9, 20); y la que sobre las cabezas del pueblo, para obligar a los hombres. ¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que yo me salga fuera de ella; y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!: ¡hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor! ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas ma-

---

(20) San Lorenzo.

(21) La locura de la cruz de Cristo siéntela arrebatadamente el M. Avila aquí y en muchos otros pasajes de sus obras; v. gr.: Cartas 23 y 58.

nos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor! *Para esto*—dice tu Apóstol—*moriste, para enseñorearte de vivos y muertos* (*Rom.*, 14, 9), no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares, o por vivo o por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.

¡Oh, qué *maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor*—dice la santa Profecía—(*Judic.*, 5, 8); porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre, sino la suya por todos en la cruz. ¡Oh maravillosa y nueva virtud! ¡Lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones; Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor; Tú mismo dijiste a un Profeta: *Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra*; y en tu Evangelio dijiste: *Fuego vine a poner en la tierra; ¿y qué otra cosa quiero sino que arda?* (*Lc.*, 12, 49). Bien había entendido la virtud de esta venida y de este fuego aquel santo Profeta, que por eso daba voces diciendo: *¡Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses!; las aguas arderían como fuego* (*Is.*, 64, 1). ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciende los corazones helados más que nieve, y los convierte en amor! Este es el intento principal de tu venida, a henchir el mundo de tu amor; y como dice el Profeta: *Visitaste la tierra y embriagástela en amor, y así multiplicaste sus riquezas* con tal linaje de amor (*Ps.*, 64, 10). Visitando la tierra, embriagaste los corazones terrenos. ¡Oh amantísimo Señor, suavísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo! Embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor.

¿Qué le falta a esa cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para dispa-

rar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero; y ese cuerpo extendido, y brazos tan estirados, la cuerda; y el abertura de ese costado, es la nuez donde se pone la saeta de amor, porque de allí salga a herir el corazón. ¡Desarmado se ha la ballesta, y herido me ha el corazón! Ahora sepa todo el mundo que tengo el corazón herido. Corazón mío, ¿cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno que te cure, sino morir (22).

Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no me penetre. ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¡y hasme herido! Vine para que me enseñases a vivir, ¡y hácesme loco! ¡Oh sapientísima locura: no me vea yo jamás sin ti!

No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados; los brazos tienes tendidos para abrazarnos; las manos agujeradas para darnos tus bienes; el costado abierto para recebirnos en tus entrañas; los pies enclavados para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor: el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo; y sobre todo, el amor interior me da voces, que te ame y nunca te olvide mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de Ti? *Si me olvidare de Ti, oh buen Jesús, sea echada en olvido mi mano diestra; péguese mi lengua a los paladares, si no me acordare de Ti, y si no te pusiere por principio de mis alegrías* (*Ps.*, 136, 5, 6).

Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene. Porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios, y del deseo que tiene de cumplir su santa voluntad.

---

(22) Tratado 12 de la *Asunción de la Virgen.*—Tratado 22 del *Santísimo Sacramento.*

7.—*Fundamento de nuestra esperanza.*

Pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, para que de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada.

Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama, es porque se lo mandó el Padre; y la causa por que el Padre nos favorece, es porque se lo pide y se lo merece el Hijo (*Jn.*, 17, 20).

Estos son aquellos sobrecelestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia. Y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¡Cuán firmes son los estribos de nuestro amor!; y no lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó; y tu Padre nos perdona porque Tú se lo suplicas. De mirar Tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pasiones y heridas, procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar, porque ansí se obre mi salud!

¡Oh vista de soberana virtud! ¡Oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dió aquella doncella Axa ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuando le pidió (*Jos.*, 15, 18-19); pues a los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar?

De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio, si lo buscare? ¿Cuándo se agotarán mis merecimientos, pues son los tuyos? ¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades, que no huela más suavemente el sacrificio de tu Pasión, siendo tan grande su hermosura, que todos los pecados del mundo juntos,

no son más parte para afearla, que un lunarito muy pequeño en un rostro muy hermoso?

Pues anima mía, flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti sólo, sino en Cristo. No son tus merecimientos solos principalmente los que te han de salvar, sino los del Salvador. Porque si el demérito de aquel primer hombre a cabo de tantos años fué bastante a condenarte (*Rom.*, 5, 18), mucho más lo serán los méritos de Cristo a salvarte. Ese es el estribo de tu esperanza, y no tú. El primer hombre terreno fué principio de tu caída; el segundo y celestial es principio y fin de tu remedio (1 *Cor.*, 15, 47). Trabaja de estar unido con ése por fe y amor (*Jn.*, 15, 9), así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco; porque si lo estuvieres, así como por el deudo natural participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicas la gracia del Justo. Si con Él estuvieres de esta manera unido, sé cierto que lo que fuere de Él, será de ti; lo que fuere del Padre, será de los hijos, y lo que fuere de la Cabeza, será de los miembros; y *donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (*Mt.*, 24, 28).

Esto es lo que en figura de este misterio dijo el Rey David a un hombre temeroso y turbado: *Júntate conmigo; que lo que será de mí, será de ti, y conmigo serás guardado* (1 *Reg.*, 22, 23). No mires a tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira a ese remediador, y tomarás esfuerzo. Si pasando el río, se te desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás seguro. Si te atormenta *el espíritu malo* de la desconfianza, suene la arpa de David, que es Jesucristo con la cruz (1 *Reg.*, 16, 23). *Echa tus cuidados en Dios* (*Ps.*, 54, 23), y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones, y si crees de veras que el Padre te dió a su Hijo, cree también que dará lo demás, pues todo es menos.

No pienses que porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno (23) amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó

(23) *En uno:* juntos.

cuando subió allá, que fué *el palio* de su Carne preciosa en memoria de su amor (24).

Mira que no solamente viviendo padeció por ti, pero aun después de muerto padeció la mayor de sus heridas (*Jn.*, 19, 34) (25). Y para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas por aquí cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es* (*Jn.*, 19, 30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor; *Jesucristo*—dice San Pablo—*ayer fué, y hoy es también, y será en todos los siglos* (*Hebr.*, 13, 8); porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, tal es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren, amaren y quisieren.

Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento a tal Señor y a tal amador.

---

(24) Alude a Elías, que al ser arrebatado en carro de fuego, dejó el *palio* o *manto* a su discípulo Eliseo (4 *Reg.*, 2, 13). Así Cristo, al subir al cielo, nos dejó en la Eucaristía su Cuerpo Santísimo, que es el *manto* que encubre su divinidad.

(25) *La mayor de sus heridas:* la lanzada que le abrió el costado.

TRATADO 2.º

La Procesión del Corpus (I).

(Predicado la víspera del Corpus.)

Pro eo quod laboravit anima ejus, videbit et saturabitur.
(Por lo que trabajó su ánima, verá y será harto.)

(*Is.*, 53, 11).

1. –*La procesión eucarística, singularidad de la fiesta del Corpus.*

Las justísimas razones que hubo para que esta festividad del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo fuese instituída y celebrada en nuestra Iglesia cristiana, en reconocimiento y hacimiento de gracias de esta inefable merced que el amoroso Señor nos hizo de quererse quedar con nosotros acá Él mismo por presencia real en este Santísimo Sacramento, notámoslo en otros sermones (1). Y lo que hoy nos conviene particularmente tratar en este presente, es de una excelente singularidad que esta fiesta tiene que así por ser ella digna de mucha consideración, como por no haberla en ninguna de las otras fiestas, por grandes que sean, causa mucha admiración, y pone deseo de saber su causa.

Instituirse día de esta santa fiesta, y que sea de holgar (2) y que se rece oficio propio de ella, y que tenga octavas solemnes, cosa nueva fué en la Iglesia, porque de nuevo fué instituída por el Papa Urba-

(1) Véase el Tratado 18.

(2) *De holgar:* de guardar; en que se prohiben los trabajos serviles.

no IV (3) y confirmada por el Santo Concilio de Viena (4), como en otro sermón hemos dicho (5).

Mas si miramos que también hay en la santa Iglesia católica otras muchas fiestas, así del Señor como de sus Santos que con todas estas dichas solemnidades son celebradas, no parece haber singularidad, ni ventaja de ésta a las otras, pues no vemos en qué las exceda.

Verdad es, que quien con atención mirare el resplandor de este sacrosanto Misterio, en el cual la misma Persona de Jesucristo nuestro Señor esta presente, y con Él celebramos la fiesta, hallará que esta fiesta echa de sí unas luces, y pone en el ánima un sentimiento, que aunque en el celebrar con solemnidad haya comunidad entre ella y otras fiestas, más todavía aparece en ésta una particular excelencia, una majestad no común. Y quien bien quisiere aparejarse para recibir lo que en ella se da, sentirá cuán particular cosa es fiesta de *Corpus Christi;* y verá cumplido en sí lo que está escrito: *Aparejaste, Señor, en tu dulcedumbre al pobre* (*Ps.*, 67, 11).

Mas aunque esto es así, y muy bastante para estimar esta santa fiesta, lo que en ella causa singular maravilla es mandarnos la Iglesia que hagamos mañana una procesión con cuan gran solemnidad alcanzaren nuestras fuerzas, y saquemos al Señor de su Palacio Real, y lo llevemos por nuestras calles con suaves cantares, fiestas y gran regocijo.

Esta particularidad tan preciosa no se cuenta en fiesta ninguna, ni del Señor ni de sus Santos, aunque sea en los alegres días de su Nacimiento, Resurrección y Ascensión, en los cuales con singular gozo y con justísima causa los cielos y la tierra se alegran (6).

Y si esta salida del Señor fuera a visitar y comulgar a algún enfermo, aunque es cosa digna de grande admiración y que pide singular agradecimiento por tan amorosa merced, mas ni es nueva en la Iglesia, ni está muy oculta su causa; pues es cierto que aquella caridad que le hizo salir del cielo a Belén, y

(3) En su Bula *Transiturus de hoc mundo*, en 1264.

(4) El Concilio Ecuménico de Viena de Francia (1311-1312), en el Pontificado de Clemente V (1305-1314).

(5) Sermón o Tratado 18.

(6) *In resurrectione tua, Christe, cœli et terra lætentur* (in Laudibus tempore Paschali).

después a la cruz por salvar los pecadores y medicinar sus enfermedades, aquella misma le hace salir de su casa cuando le han menester, a les visitar y consolar, para que recibiéndolo gocen ellos de la *copiosa redención* que Él les ganó, y Él reciba contentamiento viendo que su muerte y Pasión no salen en balde en aquellos a quien va a visitar.

Mas mañana no vamos con el Señor a visitar enfermos, sino a placeres y fiestas con Él.

Cosa, por cierto, para Vos, Señor, muy nueva, iros a pasear por las calles, y con regocijos; y cuanto más nueva, tanto más nos hace admirar, y con grande deseo suplicaros nos digáis el porqué de cosa tan nueva.

Mas no permita vuestra misericordia que este nuestro deseo nazca de aquella *curiosidad* que nace a los hombres del natural apetito que tienen de saber (7) lo que les cumple, y lo que no les cumple.

Ni tampoco permitáis que nazca de *infidelidad,* queriendo saber para creer. No, Señor; no, Señor, no, por quien Vos sois; porque no nos comprenda lo que está escrito: *Si no creyéredes, no entenderéis* (8). Firmemente creemos—por vuestro don—que lo que vuestra Iglesia ha ordenado es inspirado por Vos, y muy conforme a vuestro contentamiento y a nuestro provecho.

Mas deseamos saber la intención vuestra en esta fiesta, para mejor acertar a la celebrar, e ir con Vos como debemos en la santa procesión que para mañana la santa Iglesia, inspirada por Vos, tiene ordenada.

2.—*El cortejo triunfal del Corpus, recompensa de las afrentas de la Pasión.*

A esta pregunta, provechosa y justa, responden las palabras de nuestro tema, aunque muchos años antes dichas por el profeta Isaías, y en romance dicen así: *Porque el ánima del Señor pasó trabajo, verá y será harto* (*Is.*, 53, 11). Palabras breves, sentencia profunda, la cual declara el Apóstol San Pablo con más copia de palabras, que son como glosa de este texto. Dice así (*Phil.*, 2, 8, 11): «*Humillóse el Señor Jesús a*

---

(7) Aristóteles.
(8) *Isai.*, 17, según los 70.

Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual el Padre lo ensalzó, y le dió nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se incline, así de los celestiales como de los terrenales y los que están debajo de la tierra, y toda lengua confiese que el Señor está en la gloria del Padre.»

Justísimo galardón, por cierto, y muy clara razón, que aquella sobrepujante e inefable bondad de Dios, que le hace llegar a tanto, que Él mismo se da en galardón, y galardón eterno, en pago de un jarro de agua fría dado por su amor—y que salga de corazón limpio y que esté en estado de gracia—; no es justo que bondad que con tal galardón galardona una obra pequeña, y hecha por hombre pequeño, deje de galardonar tan grandes servicios, tan excesivos trabajos de Jesucristo nuestro Señor, cuya obediencia y amor le hicieron llegar a padecer una muerte, en la cual se juntaron tan graves tormentos con tan calificadas deshonras, que no se haya hallado desde el principio del mundo, ni se hallará hasta el fin de él, haber cosa igual.

Y si se junta con esta grandeza del servicio la grandeza y valor inmenso de la Persona que lo padeció, que es Persona divina, veremos que no sólo hay justa razón, mas que sobra para que el Padre lo ensalce en cuanto hombre, dándole *nombre sobre todo nombre,* dignidad sobre toda dignidad, *para que Él tenga el Principado en todas las cosas* (*Col.*, 1, 18) y haciéndole Señor de todo lo criado, mandando que, o de gana o por fuerza, toda criatura *en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra le incline la rodilla,* en reconocimiento de supremo señorío, y le sea dado el honroso y piadoso nombre de *Salvador del mundo,* con mucha más razón que lo dió Faraón al casto José (*Gen.*, 41, 45); el cual fué figura de este Señor, no sólo en la singular castidad, mas también en el ser vendido de sus hermanos y echado en la cárcel sin culpa, y en la mucha honra que después recibió.

Y de aquí nace que los pasos de la sagrada Pasión, que con mucha deshonra Jesucristo nuestro Señor padeció, quiere el celestial Padre que en la santa Iglesia cristiana sean honrados y solemnizados, así en las siete Horas canónicas, como en el ara, y altares y vestiduras sacerdotales, en el santo sacrificio de la Misa, representando todo y significando muy

en particular la muerte del Señor y sus circunstancias de ella (9). Y pues el Altísimo Señor quiso que en todas estas cosas correspondamos con honra y servicio a la deshonra y dolor con que su benditísimo Hijo lo padeció, ninguna razón sufre que, siendo honradas las cosas menores con colmo de honra, queden sin correspondencia las cosas mayores.

3.—*Múltiples traslados del Arca de Dios: pasos dolorosos de Cristo.*

Y para que más nos acerquemos a nuestro propósito, conviene que os acordéis que en tiempos pasados el Arca del Testamento del Señor no estuvo queda en un solo lugar, mas primero fué llevada del desierto a la tierra de promisión, y colocada en *Silo*—que fué camino asaz largo—(*Num.*, 10). Y después fué llevada a la guerra, y cautivada de los filisteos (1 *Reg.*, 4, 4), en cuya tierra anduvo de ciudad en ciudad; y de allí fué traída a Betsames, y de allí a Cariathiarim (1 *Reg.*, 6, 14) y después a Masfad, y después a Gálgala; y después fué llevada otra vez a la guerra, y también estuvo en Nobé, y después en casa de Aminadab, y de allí la trajo David y todo Israel a casa del levita Obededón (*Reg.*, 6, 11) y después la pasó David a su alcázar, donde la tuvo con mucha honra (2 *Reg.*, 6, 12).

¡Oh válame Dios, Señor! ¿Para qué tantas procesiones con aquella vuestra Arca, que si tuviera sentido, se cansara y quejara de tantas mudanzas largas y trabajosas?

No fué esto sin causa; mas para que sepáis que

---

(9) Enseña el Concilio de Trento (*Ser.* 22, c. 2), que en el divino sacrificio de la Misa incruentamente se inmola el mismo Cristo, que se ofreció cruentamente en la Cruz. También enseña (*l. c.*, c. 5) que las ceremonias de la Misa tienen por objeto despertar el espíritu de los fieles a la contemplación de los misterios profundísimos que se ocultan en este sacrificio.

Sobre este fundamento, la piedad cristiana, en cada una de las ceremonias de la Misa, en los ornamentos sacerdotales, etc., ha simbolizado algún misterio de la vida de Cristo o algún paso de su pasión y muerte. (Véase M. Gatterer: PRAXIS CELEBRANDI, 1926, págs. 2-4.)

así como aquella Arca de palo, y dorada, fué figura de la sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor en muy muchas cosas, también lo fué en figurar con sus muchas procesiones de una parte a otra las muchas y muy penosas que el Señor había de pasar. Cuan bien cumplisteis, Señor, la figura del Arca en ser *Arca de la divinidad,* tan bien la cumplisteis en andar más procesiones que ella, y con mucho dolor y deshonra, no sintiendo la otra Arca uno ni otro.

Caminó nuestra Arca en el día del Jueves Santo desde Betania al sacro Cenáculo de Jerusalén (*Jn.*, 12), dejando allí a su Santísima Madre muy llena de penas, como lo iba Él; y anduvo camino de dos millas, bastantes para cansar a su delicadísimo Cuerpo, mayormente con la carga de la compasión que de su sagrada Madre llevaba.

Y después de esta procesión que con sus discípulos hizo, se siguió la otra, desde el dicho Cenáculo hasta el huerto de Getsemaní, donde fué preso; que hay dos mil y trescientos y treinta y ocho pasos, que, según Él estaba cansado del primer camino, y del trabajo del lavar los pies a sus discípulos, y de la gran tristeza que su ánima sintió, no se pudieron dejar de andar con grande cansancio.

Mas en lugar de descanso, es el Señor preso, y con muy mal tratamiento es llevado cuesta arriba hasta la casa de Anás, que estaba en lo alto del monte de Sión, en distancia de otros mil y tantos pasos; de allí anduvo otros cuarenta y ocho pasos hasta la casa de Caifás, en la cual fué muy maltratado gran parte de la noche; y lo demás de ella estuvo preso y atado a una columna en una estrechísima cárcel. Y tras haber estado toda la noche en pie, anduvo por la mañana otra procesión de mil y trescientos y cincuenta y cuatro pasos, que había desde casa de Caifás hasta casa de Pilato. De allí fué llevado a casa de Herodes, que hay ciento y veinte pasos; y después los tornó a andar, siendo traído de Herodes a Pilato. El trabajo de todo lo cual fué tan grande, que si no fuera por vía de milagro, no se pudiera tener el Señor en pie.

Mas si cotejamos el trabajo de estas procesiones ya dichas con el de la postrera que le quedaba de andar, de casa de Pilato hasta el monte Calvario, para allí acabar de derramar toda su Sangre y dar la vida en la cruz por nosotros, parecerá que aunque

las pasadas le fuesen muy costosas, en comparación de ésta se pueden contar por livianas. Aquélla, Señor, aquélla fué procesión dolorosa, según que Vos que la pasasteis, muy bien sabéis; en la cual, sobre el cansancio de la noche y del día, y sobre la flaqueza causada de los malos tratamientos que en casa de Pilato recibisteis en vuestro sacratísimo Cuerpo con crueles azotes, con agudas espinas, y como Isaías (53, 4) dijo, todo hecho *como leproso*, y tan maltratado, que aunque os pusieran encima de una cama blanda, y os menearan aun por pequeño espacio, y con mucho miramiento y sosiego, os fuera grave dolor; mas no lo hacen así, mas añadiendo dolor a dolor, ponen sobre vuestros sacratísimos hombros dos pesados maderos, uno de quince pies en largo y otro de diez, para que como viga de lagar os apretasen y moliesen; y mandan os ir con este peso, no cinco o seis pasos, mas mil y ochocientos y sesenta y dos, que son los que hay desde la casa de Pilato hasta el monte Calvario.

¿Quién pudiera pensar que tal crueldad se pudiera hacer? Que parece, o que el Señor no sentía pena en lo que padecía, y por eso lo podía llevar, o si lo sentía, su amor y dolor eran tales, cuales nunca se vieron ni se verán. Y porque no tomasen los hombres malos ocasión de pensar que no lo sentía, o que lo sentía poco, fué ordenado por la Providencia divina que, para que rastreásemos algo de cuán graves eran sus dolores, de cuán grande el cansancio de su divina Persona. cuán pesada la cruz y cuán extremada la flaqueza de su sacratísimo Cuerpo, que si no fuera por milagro, no sólo andar, mas aun vivir no pudiera; comenzando a andar distancia de veinticinco pasos, apretó tanto el peso de la cruz al Señor. que dió con Él en el suelo, para que así públicamente a todos constase, presentes y por venir, y aun a sus mismos enemigos que lo llevaban a crucificar, que los dolores del Señor no eran de burla, sino muy de verdad, pues tal obra hicieron en Él (10).

Y porque esto fué tan notorio aun a sus enemigos, ordenaron ellos, que porque no se acabase la vida al Señor hasta que llegase al monte Calvario, donde le querían poner en cruz, y que muriese en ella, de no tornársela a poner encima de los hombros, y ponerla sobre algún hombre de muchas fuerzas que la

---

(10) *Bonav. in Vita Christi.*

pudiese llevar. Mas ella era tan pesada, y el llevarla tanta deshonra, que entre muchos millares de gente que había allí, ni un hombre solo fué hallado que por ruego, ni por dinero, ni por otro respeto la quisiese llevar; y tomaron por medio, de constreñir por fuerza a Simón Cirinense, para que, aunque no quisiese, la llevase y siguiese al Señor; al cual, aunque le quitaron el pesado madero de encima de los hombros, no por eso, en lo que restaba del camino, le dejaron de lastimar con malas palabras y con desacatadas obras, y pregonándolo con voz alta de pregonero por malhechor, y no como quiera, sino muy señalado; y al estruendo y pregón salían las gentes a las puertas de sus casas, y otros a las ventanas, para verlo llevar, deshonrado y afligido, compadeciéndose muy pocos de Él, y gozándose casi todos y los más principales de su mal tratamiento, diciendo que lo tenía muy bien merecido, y que aún mayores tormentos, hasta quitarle la vida, le habían de dar.

4.—*La fiesta del Corpus, recompensa divina.*

¡Oh misericordiosísimo Padre! ¡Oh inmensa bondad para galardonar aun los pequeños servicios que se hacen por Vos! ¿Podrá vuestro corazón sufrir que dejéis pasar sin galardón tantas y tan largas y tan costosas procesiones, especialmente esta postrera, que vuestro benditísimo Hijo anduvo por vuestra obediencia y por nuestro provecho, con tanto dolor y deshonra, que ninguna lengua lo pueda hablar, ni entendimiento humano ni angélico lo pueda alcanzar? *No es esto vuestro,* Señor, pues sois justo y *juzgáis* en igualdad *toda la tierra* (*Gen.*, 18, 25), como decía Abraham. Y pues se celebra con mucha honra su santo Nacimiento, y los otros actos de su vida en diversas fiestas, y también las particularidades de su Pasión en el santo sacrificio de la Misa, mandad, Señor, que en pago de aquellas procesiones, especialmente de la que anduvo al monte Calvario, se haga en toda la cristiandad tal día como mañana una solemnísima procesión, en la cual vaya vuestro benditísimo Hijo honrado y cercado de sus vasallos, como acullá iba de sus enemigos; y en lugar de los mentirosos pregones que entonces se dieron de Él, le canten

mañana las devotas alabanzas que con mucha verdad y justicia caben en Él.

Isaías dijo, hablando de este Señor: *Si pusiere su vida por* remisión de *nuestros pecados, verá* espiritual *generación larga,* que proceda de Él (*Is.*, 53, 10). Cumplidle, Señor, aquella promesa, y mandad que aquellos por cuyos pecados Él puso su vida, vayamos mañana en la procesión con Él, confesando que la generación espiritual que tenemos, por Él nos es concedida, y con devoto ofrecimiento de nosotros a Él, le digamos: «*Volved los ojos,* Señor, *alrededor y mirad, que toda esta gente,* que aquí va en la procesión, *se ha juntado y venido a Vos* (*Is.*, 60, 4) como a verdadero Señor y Redentor suyo. *Mirad,* Señor, y *ensánchese vuestro Corazón* con alegría de tener tantos vasallos, que aquí con Vos van, más determinados de morir por vuestra fe y por vuestros mandamientos, que los de la otra procesión os tenían aborrecimiento.»

Salgan mañana los sacerdotes, a quien Él tanto honró, que los eligió por ministros suyos, y llévenlo encima de sus hombros con grande reverencia y amor, teniéndose en esto por muy favorecidos, en recompensa de que el Señor llevó la cruz a cuestas, y todos nuestros pecados encima de Sí. Cérquenle los devotos cristianos, honrándole tan de corazón, que echen delante de Él la ropa en el suelo, para que la huellen los pies de los que al Señor llevan, como hicieron los que iban con Él el día de Ramos (*Mt.*, 21, 8). Mírenlo con mucho amor, y adórenlo con mucha reverencia los que están en las calles, y desde sus puertas y de las ventanas. Váyanle incensando los sacerdotes; bailen delante de Él los legos con devota alegría, como hizo David delante del Arca (2 *Reg.*, 6), y resuene la tierra con gran solemnidad; y con tal cuidado se ordene la festividad de mañana, que, para manifestación de la Justicia divina, que honra a sus obedientes, ninguna de las deshonras que le fué hecha al Señor en la otra procesión, quede en ésta, sin que le corresponda una honra igual o mayor que fué la otra deshonra.

Esta, pues, cristianos, es la procesión de mañana. singular y no celebrada en otro día ninguno; ésta la causa y justicia de ella; éste es el sentimiento con que se ha de celebrar, con memoria y correspondencia—por vía contraria—de la otra procesión muy amarga que el Señor anduvo; en la cual, como dice

el tema: *Trabajó su ánima* con grandes angustias, y su cuerpo con indecibles dolores; por lo cual quiso Dios que *vea* mañana en la procesión tanta muchedumbre de fieles vasallos que con devotas alabanzas y servicios protestan que son suyos, que dan al Señor *hartura* y descanso.

5.—*Gloria y provecho de los dolores de Cristo.*

Ya que esta duda está satisfecha, quédanos otra no menos digna que preguntar, ni menos provechosa para saber, y es ésta: que ¿con qué corazón y con qué justicia podremos celebrar con tales alegrías memoria de tales dolores?

Y esto ponía a San Anselmo en aprieto cuando lo pensaba, y de maravillado decía: «¿Cómo, Señor, me alegraré yo de haber recobrado salud, pues que me fué dada salud por tus dolores? ¿Cómo me gozaré de mi vida, que te costó a Ti muerte?» Esto dice este santo.

Y cierto, parece cosa extraña ir nosotros mañana en la procesión cantando y bailando, en memoria de que el Señor iba en otra procesión llevando una pesada cruz a cuestas, cansado y sudado, y aun derramando por el camino su preciosa Sangre. La Escritura dice (*Eccli.*, 22, 4) que, *la música en el tiempo del lloro es cosa importuna,* sin sazón y pesada. Y no parece ser consuelo del atribulado saltar y bailar en memoria de sus trabajos; antes—si bien se mira—, más parece obra de odio que obra de amor; que el que quiere mal a otro se regocija de verlos y acordarse de ellos; mas el que ama tiene los trabajos de su amigo por suyos, y como tales los siente y los llora, y aun muchas veces con mayor sentimiento que el mismo amigo que los padece.

¿Qué es esto, cristianos? ¿Qué es esto que tenemos aparejado para mañana? Organo, músicas, danzas y bailes: todo fiesta de mucha alegría, sin mezcla de ninguna tristeza; y siendo lo representado, en cuya memoria se hace, una grandísima y purísima pena, sin ningún rastro de alegría.

Si nos mandaran representar aquella procesión alegre que los santos Padres del limbo en el día de la Resurrección del Señor hicieron con su benditísima ánima hasta el sepulcro, para que desde allí el Señor

resucitado, y glorioso en cuerpo y ánima, acompañado de hombres y ángeles, todos llenos de alegría, fuesen a visitar y consolar a su Sacratísima Madre, como lo hizo, venía muy bien mañana hacer muchas alegrías en nuestras procesiones, en memoria de otras mayores que en la otra se hicieron (11). Mas celebrar mañana memoria de dolorosa Pasión regocijándose los que tienen amor al mismo que padeció, eso ponía a San Anselmo en admiración, y la pone a todos, con deseo de inquirir cuál sea la causa de correspondencia llena de tanta extrañeza y desigualdad.

Mas aunque esto parezca así al espíritu humano, que no sabe juzgar de las obras de Dios, la Iglesia enseñada por el Espíritu Santo, nos manda mañana celebrar esta fiesta de la manera y con las alegrías que la celebramos, según parece en la Clementina: *Si dominum...*, cuyas palabras santas son éstas: «Así los clérigos como los legos concurran gozosos a esta festividad, y se ejerciten en alabanzas y cantares del Señor; y los corazones, deseos, bocas y labios, todos digan cantares de saludable alegría. Cante la fe, dé saltos de placer la esperanza, regocíjese el santo amor, dé palmadas de regocijo la devoción; el coro cante con mucha alegría, y la puridad se regocije; y todos los fieles se junten con alegre corazón y pronta voluntad, y pongan en obra sus loables ejercicios, celebrando la solemnidad de tan grande festividad.»

¿Habéis oído bien aquestas palabras? Pues con esta alegría tan cumplida, que os he contado, nos está mandado por la santa Iglesia que llevemos mañana al Señor por esas calles, en memoria de su sagrada Pasión. ¿cómo acertaremos a hacer esto, para que vaya bien hecho?

Declaradnos Vos, Señor, este enigma como declaró el suyo Sansón a su esposa (*Judic.*, 14, 17).

Y debe ser esto la declaración de esta duda: Que en la Pasión del Señor hay dos cosas que considerar: una es mirando a ella misma *en sí*; y según esto, muy dolorosa y penosa fué al Señor que la padeció, y, por consiguiente, lo debe ser a todos aquellos que le quieren bien, y débenla sentir con amargura en lo entrañable de su corazón, y aun con lágrimas de los ojos en lo exterior. Y para cumplir con esta obli-

---

(11) *Bonav. in Vita Christi.*

gación tan justa, y celebrar con dolor esta dolorosa memoria, señaló la Iglesia el tiempo de la Semana Santa, en la cual las cruces se visten de luto, y mudan los altares sus ornamentos, cántase la Pasión del Señor cuatro veces (12), según los cuatro Evangelistas que la escribieron, y hácese de ella sermón, y todo provoca a sentimiento de compasión y tristeza, para que así paguemos el servicio de compasión al Señor que padeció, y padeció por nosotros, y cumplamos con esta primera consideración, mirando la sagrada Pasión *en sí misma*, que fué causadora de penas al Señor, y a nosotros de compasión.

Mas si la miramos según esta consideración, en cuanto a *los efectos* que de ella proceden, hallaremos por esta vía tanta materia para nos alegrar, como por la otra hallábamos para nos entristecer.

Lastimera cosa es pensar que Jesucristo nuestro Señor, sin deber nada, muriese, y muerte de cruz; mas si consideramos cómo, por merecimiento de esta preciosísima muerte, han resucitado desde el principio del mundo, y han de resucitar hasta el fin de él, millones de ánimas de la muerte del pecado a la vida de la gracia, y después del general juicio, juntos ánima y cuerpo gloriosos han de vivir para siempre gozando de Dios en el cielo, hallaremos mucho de que nos gozar, y llamaremos muerte dichosa la que tantas y tan preciosas vida causó. Porque si San Gregorio llama al pecado original, porque fué remediado con tal redención, y por tal Redentor, *culpa dichosa*, ¿cuánto más merece tal nombre la misma redención y muerte de Cristo, la cual no fué culpa como la de Adán, mas pena tomada sin culpa propia, con ferventísima caridad para destruir los pecados ajenos?

Este día vió Abraham en espíritu, y *de verlo se gozó* (*Jn.*, 8, 56); no, cierto, de las penas que había de padecer el Señor, mas porque vió que de ellas había de salir muerte del pecado, vida de gracia y de gloria; el valor de lo cual no hay quien lo sepa sentir ni decir.

---

(12) El domingo de Ramos, martes, miércoles y viernes santo.

6.—*Cristo se gozó en padecer: gocémonos con Él en la procesión.*

Y lo que más confirma lo dicho es que, aunque, sabía el Señor cuánto le había de costar a Él nuestro remedio, no sólo no huyó de él, mas poniendo los ojos en remediarnos, y no teniendo cuenta con los dolores y muerte que le había de costar, decía, viviendo en esta vida mortal, con ferventísimo amor nuestro: *Con un bautismo tengo de ser bautizado: ¡cómo ando congojado porque se pusiese en efecto!* (*Lc.*, 12, 50.) Y así, cuando el día de su Pasión vino, y fué bañado con su Sangre en la cruz, aunque según Jeremías dijo en persona de Él: *No hay dolor igual al mío* (*Thr.*, 1, 12), mas entre los mismos dolores estaba su amor tan vivo para nosotros [tan] (13) sin se arrepentir, sin tornar atrás de comprar a sus criados con precio de su preciosísima Sangre y vida divina, que como la Escritura dice: *Las muchas aguas* de los dolores, *ni los* abundantes *ríos* de su Sangre preciosa *no pudieron apagar el amor* (*Cant.*, 8, 7), mas siempre quedó vencedor, y hacía decir al Señor: Si todo esto que por los hombres padezco no basta para su remedio, yo padeceré más y más. Y pues, conforme al amor que a uno tenemos, es el gozo que de su bien tomamos, ¿quién contará lo que el Señor se gozó de nuestro bien, aunque ganado muy a su costa, pues el amor de Cristo, como dice San Pablo, es *mayor de lo que puede ser conocido?* (*Eph.*, 3, 19.)

Ya, Señor, se cumplió vuestro *deseo*, que *os ponía en estrecho;* y vino *vuestro día,* penoso por una parte, mas muy gozoso por otra, en el cual hicisteis la mayor hazaña que nunca fué hecha, pues ejercitasteis la mayor obra de amor y con mayor amor que en el mundo se ha visto ni se verá, muriendo por vuestros esclavos, no buenos, sino traidores.

Y no es maravilla que de árbol tan preciosísimo salgan frutos poderosísimos y dulcísimos, y sean rescatados los que primero estaban cautivos; cobraron espiritual vista de fe los que estaban en tinieblas y ciegos (*Is.*, 35); reciben ligereza de ciervos para correr con fuerzas y con alegría el camino de Dios los

---

(13) *Tan:* los impresos consultados traen *que.*